

El vivir de los creyentes por medio del Espíritu (el Cristo resucitado y ascendido) para establecer el reino de Dios en esta tierra (Hechos 1-6)

IV. Salvación completa en el nombre de Jesús (Hechos 3; Mt. 9:6-8)

Es maravilloso ver cómo en Pentecostés el Señor vino como lenguas de fuego. Vemos también cómo esas lenguas se posaron sobre cada uno de ellos. Por eso, podemos suponer que Él también tiene una lengua para nosotros. Y todos podemos experimentar ese denuedo que nos hace hablar del Señor como vida.

Hablando las maravillas de Dios

Hemos leído cómo todos empezaron a hablar, y de manera especial, hemos visto a Pedro. Leamos en Hechos 2:8 y 11: “¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?... cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas **las maravillas de Dios**”. No sé en qué pensáis cuando leemos “las maravillas de Dios”, por eso, para tener una impresión, es bueno que leamos lo que dijo el mismo Pedro en el capítulo 2, en su primer discurso: “A **este Jesús** resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos... Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a **este Jesús** a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (vv. 32; 34-36). ¿De qué habla Pedro aquí cuando proclama las obras maravillosas de Dios? He disfrutado mucho estos versículos porque aparece dos veces la expresión “este Jesús”. Cuando Pedro habla de las maravillas de Dios habla de Jesús, y de este Jesús a quién crucificaron los hombres. Ya sabemos lo que significa este nombre “Jesús”. En Mateo leemos que se debía llamar “Jesús”. ¿Por qué razón? porque Él salvaría a Su pueblo. Este nombre nos muestra que Dios puede salvar. Por ello queremos continuar hablando de la plena salvación en el nombre de Jesús. Por eso es bueno saber quién es este Jesús y cuál es la intención que tiene.

La sanidad del cojo

En el capítulo 3 vemos la historia de la sanidad de un cojo en el nombre de Jesús. Este es un ejemplo práctico, un ejemplo de la salvación. Si lo leemos de manera superficial lo único que vamos a ver es a un cojo que se levantó y pudo andar. Para el hombre natural esto es admirable. Muchos cristianos al leer esta historia se quedan en la admiración del milagro. Algunos tomarían esta historia para escribir cómo Pedro le enseñaba a otros a sanar. Pero es maravilloso ver cómo reacciona Pedro. No fue el primer milagro que ocurrió por medio de él. Ni tampoco fue la primera vez que supo que Jesús podía hacer el milagro usándole a él.

Él había aprendido algo del Señor, había aprendido a escuchar al Señor cuando Él daba instrucción sobre algo. Por eso es bueno que veamos más allá del milagro de la sanidad del cojo. Es bueno que tomemos el ejemplo de cuando Jesús sanó al paralítico en Mateo 9. Todos conocéis esa historia, cuando unas personas trajeron a un paralítico al Señor con la expectativa de que el Señor lo sanara. Pero el Señor le dice al paralítico en Mateo 9:2, al final: *“Ten ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados”*. Los hombres no trajeron a ese paralítico al Señor por este motivo. Quizás fueron decepcionados, incluso fue de tropiezo para los escribas y fariseos, y llegaron a decir: *“Este blasfema”*. Pero el Señor ve nuestra verdadera necesidad. Él no solo quiere sanar nuestras enfermedades físicas, Su intención es darnos una salvación completa. En el versículo 6 dice: *“Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa”*. Su intención es salvarnos a nosotros completamente. Entonces, tengo que preguntar: ¿sois salvos completamente? ¿No necesitamos más del Señor? Pienso que si el Señor nos da luz, clamaremos muchas veces diciéndole: *“Sálvame”*. Este Jesús nos puede salvar completamente. Pedro ya había visto esto. El Señor quiere ir más allá de solo la sanidad física, porque Él ve cómo estamos muertos en delitos y pecados. Y de este estado Él nos quiere salvar.

En Lucas 10 leemos otra historia donde el Señor les dice a Sus discípulos que proclamen que el reino de Dios se ha acercado. Él envió a 70 discípulos y les dio potestad, incluso poder, sobre el poder de Satanás. Y en el versículo 17, cuando volvieron, dice: *“Volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre”*. Pedro era uno de esos 70 discípulos, y seguramente también se alegró. Es sorprendente lo que les responde el Señor. En el versículo 20 vemos la respuesta, y el Señor nos enseña aquí a mirar más allá de las cosas externas: *“Pero no os regocijéis*

de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos”. Porque lo que el Señor nos ofrece es mucho más que sanidades externas. Y con este trasfondo podemos entender por qué Pedro no estaba tan sorprendido cuando sucedía algún milagro de sanidad, como en el capítulo 3, porque ya sabía lo que era importante para el Señor.

En el segundo discurso de Pedro, en Hechos 3, leemos: “A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad” (v. 26). ¿Qué impresionó a Pedro? Cuando él se puso delante de todas esas personas les declaró las maravillas de Dios. El milagro les había impresionado a todos, pero Pedro estaba lleno con la Palabra del Señor, porque como dice el versículo: de la abundancia del corazón habla la boca. Él no habla aquí de la sanidad del paralítico sino de que cada uno se convierta de su maldad. Por eso me impresiona tanto este capítulo. Tengo que reconocer que antiguamente lo que me impresionaba era la sanidad de este paralítico, pero después de leer estos capítulos estos días me impresiona ver de lo que realmente hablaba Pedro. Él hablaba de “este Jesús”.

¿Quién es este Jesús? El Nazareno

En el bosquejo he escrito algunos aspectos de este Jesús. Todos estos son aspectos que se encuentran en el capítulo 3. Aquí vemos de qué estaba Pedro lleno y qué salía de su corazón. En el versículo 6 empieza hablando: “Mas Pedro dijo: No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda”.

Pedro había conocido al Nazareno. Él también venía de aquella región. Puede que a él también le doliera cuando decían: ¿de Nazaret va a salir algo bueno? Porque era sabido por todos los judíos que para Galilea no había grandes promesas. Pero al Señor le plació crecer allí. Nadie esperaba nada de Él, pero Él era conocido como El Nazareno.

El Siervo

Pedro revela otro aspecto nuevo del Señor en el versículo 13: “El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, al que vosotros entregasteis y repudiasteis en presencia de Pilato, cuando éste había resuelto ponerle en libertad” (LBLA). Y también en el 26: “Para vosotros en primer lugar, Dios, habiendo resucitado a su

Siervo, le ha enviado para que os bendiga, a fin de apartar a cada uno de vosotros de vuestras iniquidades". ¡Aleluya, Él es el Servo de Dios!

Una vez, mientras los discípulos discutían sobre quién era el mayor entre ellos, y uno quería sentarse a la derecha y el otro a la izquierda, el Señor les reveló, que Él es el siervo de Dios, y que en Su reino hay costumbres diferentes a las que estamos acostumbrados aquí. Leamos unos versículos en Mateo 20: *"Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos"* (vv. 25-28). Eso es lo que le agrada a Dios. Él envía a Su siervo no para ser servido sino para servir.

Nuevamente, en Mateo 12:18, vemos la palabra del profeta Isaías: *"He aquí mi siervo, a quien he escogido; Mi Amado, en quien se agrada mi alma; Pondré mi Espíritu sobre él, Y a los gentiles anunciará juicio"*. Este siervo es el amado de Dios. Dios le ha elegido y nos lo ha enviado.

El Santo y el Justo

En su segundo discurso Pedro nos sigue revelando más de este Jesús: *"Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo"* (3:14). Este Jesús es el Santo y el Justo. No creo que ninguno de nosotros se pueda atrever a decir de sí mismo que es el santo, pero Jesús, desde su nacimiento, es el Santo (Lc. 1:35).

También es el Justo. Ninguno de nosotros es justo, pero Su naturaleza es justa. Por eso Él nos puede representar delante del Padre. Recordaréis los versículos en 1 Juan: *"Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo"* (2:1). ¿Quién es nuestro abogado delante del Padre? Es este Jesús, el Justo. Él tiene esta autoridad del Padre, porque Él dio Su vida justa como pago para nuestra redención. De esta manera disfrutaba Pedro de todos estos aspectos del Señor. Creo que todos nosotros tenemos que experimentar estos aspectos del Señor, un aspecto tras otro.

El Autor de la vida

Otro aspecto maravilloso es que Él es el Autor de la vida o príncipe de la vida: *"Y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos"* (v. 15). Es maravilloso que

podamos conocer al Autor de la vida. Hay muchos versículos en el Nuevo Testamento que nos testifican de esto.

En una de nuestras últimas reuniones, en casa, hablamos sobre este aspecto. Había dos mujeres que habían venido a la reunión por primera vez y no habían tomado aún la decisión de recibir al Señor. Les contamos lo maravilloso que es saber que ya hoy tenemos vida eterna. Sabéis que en la Iglesia Católica no es así, porque se enseña que hay que esperar hasta la muerte y luego se verá si tendrás vida eterna o no. Y les preguntamos: ¿sabéis que podéis tener la vida eterna? y ellas dijeron: “sí, quizás después de la muerte”. Entonces empezamos a leer versículos que testificaban que el que tiene al Señor tiene vida eterna. ¡Fue maravilloso! Yo incluso me sorprendí de cuántas veces se habla de esto en el Nuevo Testamento. Y es maravilloso cómo podemos venir a esta vida. Estas dos mujeres se pudieron ir a casa sabiendo cómo podían recibir la vida eterna. El Señor dice: “el que cree”, pero no según sus conceptos, sino “el que cree en Mí”, o el que cree en Aquel que me envió. Yo espero que ellas hayan sido salvas.

Y también el pasado miércoles tuvimos una reunión en la casa y nuevamente vinieron otras dos mujeres que no eran salvas. Leímos un versículo en Juan 5: “*Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida*” (v. 21). A una de ellas, que ya había escuchado mucho sobre el Señor, le gusta discutir. También leímos Efesios 2: “*Por gracia sois salvos y este es un don de Dios*”. Entonces nos dijo: “Aquí dice que Él le da vida al que quiere”. Ella quería decir que: a vosotros os ha dado vida pero que a mí me la vaya a dar, no lo sé. Entonces le dije: “Habla con el Señor, pregúntale a Él si te quiere dar vida”. ¿Qué pensáis que el Señor le va a responder? Ella entendió que dependía de ella.

También hay un ejemplo maravilloso en Mateo 8:2 “*Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme*”.

Él no dudó de que el Señor le pudiera sanar, y cuán maravillosa es la respuesta que el Señor le dio: “*Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció*” (v. 3). No debemos dudar de que el Señor quiere, porque Él ha venido para buscar y salvar. Él quiere, y si nosotros queremos, seremos salvos.

Su Cristo

Es maravilloso saber que Él es el Cristo. Incluso he disfrutado cuando dice que Él es mi Cristo. Eso es tan dulce. Sabemos que Él ha sido enviado por Dios como el Cristo. En Hechos 3:18 y 20 leemos: “*Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su*

Cristo había de padecer... y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado". "Su Cristo". Es maravilloso ver que Dios le eligió, le envió y le ungió. Este Jesús es el Cristo de Dios.

El Profeta

En los versículos 22 y 23 dice que Él es el Profeta prometido. Esa promesa la pronunció Moisés: "*Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo*". De este profeta se dice: a él oíd, porque el que le oye será salvo. Él Señor es el Profeta. ¿Qué es lo que caracteriza a un profeta? El habla la Palabra de Dios.

La simiente de Abraham

Vemos otro aspecto maravilloso en el versículo 25: "*Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra*". Este Jesús es la simiente de Abraham. Cuando miro alrededor veo a tantas naciones aquí que han encontrado la salvación en el nombre de Jesús: españoles, alemanes, polacos peruanos, colombianos, franceses, italianos, suizos, costarricenses, etc. Él ha sido enviado para bendecir a todas las familias de la tierra. Aquí tenemos hoy el cumplimiento de la Palabra de Dios. ¡Gloria al Señor por la bendición de la simiente de Abraham!

Esta mañana hemos oído que el Espíritu fue derramado, y todavía sigo teniendo en mi memoria una frase: que esto ocurrió para que todos nosotros pudiéramos participar de Él. Dios lo ha preparado todo, no tenemos que esperar más. Simplemente tenemos que tomarlo. Siempre que venimos a la reunión con hambre, es como cuando entramos al comedor, todo está preparado, solo tenemos que cogerlo. Así es nuestro Dios. Él ya lo ha preparado todo y estamos invitados a tomarlo. Por eso queremos aprender un poco más de Pedro, de cómo lo hacía él.

Participando en Cristo En la oración

Sigamos leyendo en el capítulo 3: "*Pedro y Juan subían juntos al templo a la hora novena, la de la oración*" (v. 1). Esto suena como una costumbre. Aunque Pedro se había criado en Galilea, tomó la costumbre como los

demás judíos, de ir al templo y orar. En el templo oraban juntos. En el capítulo 2 ya leímos que estuvieron 10 días orando juntos. Para Pedro era una costumbre orar, ni que decir tiene que seguramente oraba constantemente, tanto cuando estaban juntos reunidos como cuando estaba solo. ¡Esto es algo maravilloso! ¡Eso le agrada a Dios! En la carta a los Tesalonicenses dice: “*Orad sin cesar*” (5:17), porque esa es una oportunidad maravillosa para participar de este Jesús.

En Proverbios 15:8 dice: “*El sacrificio de los impíos es abominación a Jehová; Mas la oración de los rectos es su gozo*”. La primera parte no es tan bonita pero la segunda sí. Nuestro orar le agrada al Señor. Así podemos aprender cómo Pedro participaba de este Cristo, en Su obra.

En Su obra

En Hechos 3:6 dice: “*Lo que tengo te doy*”. Esto es tener parte en Su obra. No tenemos que hacer algo que provenga de nosotros, sino aquello que Dios nos ha dado, y así dejamos que los demás tengan parte en ello. Eso lo aplico Pedro para sí.

Por la fe

Podemos participamos de Él a través de la fe en Su nombre. En el versículo 16, Pedro les dice: “*Y por la fe en su nombre, es el nombre de Jesús lo que ha fortalecido a este hombre a quien veis y conocéis; y la fe que viene por medio de El, le ha dado esta perfecta sanidad en presencia de todos vosotros*” (LBLA). Pedro aprovechó la oportunidad para explicarles cómo el Señor había hecho ese milagro. No solo por hacer milagros sino para que ellos pudieran tener parte en Cristo. También es hermoso ver de dónde procede la fe, proviene del nombre que le ha fortalecido. Eso es lo que confirma Pablo en 1 Timoteo: “*Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor*” (1:12). A veces podemos pensar que el apóstol Pablo era tan fuerte, pero los apóstoles conocían realmente cuál era la fuente de su fortaleza; y tanto Pedro como Pablo señalan de dónde provenía su fortaleza. De Él procede la fe, de Él procede la fuerza para la obra.

En la bendición de Abraham

También podemos participar de la bendición de Abraham: “*En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra. A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de*

que cada uno se convierta de su maldad” (Hch. 3:25-26). En Su Hijo Jesucristo Dios bendice a todas las familias de la tierra. En Él se cumple esa promesa a Abraham.

Leamos Gálatas 3: *“Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu”* (v. 14). ¡Aleluya por la promesa del Espíritu! Sabemos que Cristo es el Espíritu que da la vida, y que muchas personas van a ser bendecidas. Hermanos, nosotros conocemos la bendición de Dios, está disponible en el nombre del Señor Jesús. Todas las naciones van a ser bendecidas en este nombre. Por eso podemos alegrarnos y estar contentos. Esto nos trae el refrigerio del que también habla Pedro.

En tiempos de refrigerio y en la restauración de todas las cosas

Leamos los versículos 19 y 21: *“Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio”... A quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo”*.

No tenemos que esperar por mucho tiempo. Esto ya ha comenzado. ¡Gloria al Señor! Ya hoy nos quiere refrescar y restaurar. Aunque el Señor lo completará en la próxima era ya hoy podemos participar de ello.

Oswald Stampfl